

Evolución histórica del rito de la ostensión

† *Abad Christian-Philippe Chanut*¹

«Este culto, que se dirige por tanto a la Trinidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, acompaña y penetra ante todo la celebración de la liturgia eucarística. Pero también debe llenar nuestros santuarios, incluso fuera del horario de misa. Puesto que el misterio eucarístico fue instituido por amor y hace sacramentalmente presente a Cristo, es digno, en verdad, de acción de gracias y culto». (Juan Pablo II: *Carta sobre el misterio y el culto de la Sagrada Eucaristía* - n.º 3).

Como todo el mundo sabe, la adoración del Santísimo Sacramento es un ejercicio de devoción que consiste en exponer en el altar la hostia consagrada, que se honra con cantos, oraciones y gestos litúrgicos; al final de la adoración, el sacerdote bendice a los fieles con la hostia consagrada, antes de volver a colocarla en el sagrario.

Dado que esta liturgia de la ostensión eucarística es relativamente tardía, es naturalmente objeto de controversia para aquellos que acarician la quimérica empresa de devolver al culto cristiano su pureza primitiva. Cabe señalar, de paso, que estos amantes de la pureza primitiva no dudan en inventar ritos y gestos nuevos totalmente desconocidos en la cristiandad antigua (apretones de manos, manos abiertas elevadas a media altura, aplausos, agitación de paños...). A decir verdad, detrás de esta supuesta preocupación por retomar las costumbres de la época apostólica, se esconde apenas una grave impugnación de la fe eucarística. El *Catecismo de la Iglesia Católica*, promulgado por Juan Pablo II el 11 de octubre de 1992, hizo trizas estas pretensiones que apuntaban a la abolición del culto eucarístico fuera de la misa. Retomando el resumen de Pablo VI, el *Catecismo de la Iglesia Católica* dice: «La Iglesia católica ha rendido y sigue rindiendo el culto de adoración que se debe al sacramento de la Eucaristía, no solo durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren con solemnidad, llevándolas en procesión»² Esta exposición sobre la ostensión eucarística será meramente histórica, salpicada de reflexiones pastorales, y tratará sucesivamente de la adoración de la presencia real y sustancial del Señor en la celebración de la misa, de la reserva eucarística y de las ostensiones del Santísimo Sacramento.

¹ Conferencia impartida durante el 2º coloquio del C.I.E.L., octubre de 1996.

² Pablo VI: *Mysterium fidei* (3 de septiembre de 1965).

1. La adoración de la presencia real y sustancial del Señor en la Eucaristía

La adoración de la presencia real y sustancial del Señor en la Eucaristía, independientemente de lo que prescriban los textos oficiales, se ha reducido hoy en día a casi nada, o incluso a la inexistencia, ya que las actitudes y los gestos de adoración se rechazan como inconvenientes anacrónicos. Sin embargo, la adoración es muy anterior a su conservación en el sagrario. Así, Orígenes³, que proclamaba adorable el misterio de la Eucaristía, invitaba a los fieles a humillarse ante el Señor que se esconde bajo sus velos; san Cirilo de Jerusalén⁴ ordenaba inclinarse al acercarse al cáliz «en señal de adoración y veneración»; San Ambrosio⁵ profesaba que «todavía hoy adoramos la carne de nuestra Redención, y la adoramos en los misterios que Él instituyó y que se celebran todos los días en nuestros altares»; San Agustín ordenaba que «nadie comiera la carne de Jesucristo sin haberla adorado; y lejos de pecar al adorarla, sería pecado no adorarla. ¡⁶».

Poco a poco, si se me permite decirlo, los fieles de las comunidades antiguas manifestaron espontáneamente su adoración interior de la presencia real del Señor en la Eucaristía, mediante gestos que, según nos enseña la experiencia, producen en los corazones de quienes los realizan lo que significan. Si bien es probable que los primeros cristianos, durante la celebración de la misa, se contentaran con permanecer perfectamente de pie, después de ellos, sin que fuera ni general ni obligatorio, apareció primero la inclinación y luego la genuflexión de las que hablaron san Epifanio⁷, san Jerónimo⁸, las *Constituciones Apostólicas*⁹ y todo tipo de escritos patrísticos.

Sin duda tendremos ocasión de volver a hablar de ello en otro lugar, pero la pregunta que se plantea hoy es si los gestos de adoración, en particular el arrodillarse, ayudan o no a reforzar la fe de los fieles en la presencia real; tras treinta años de experiencia contraria, ¿se ha reforzado la fe en la presencia real? Por desgracia, parece que no, ya que las herejías eucarísticas se han convertido en moneda corriente y la creciente tendencia a la adoración se ha interrumpido bruscamente, aunque, como vemos, aquí y allá, afortunadamente se está reanudando con vigor, sin llegar a generalizarse. Esta vieja costumbre de querer recuperar a cualquier precio los usos de la primera época cristiana,

³ Orígenes (185-254): *Homilía XIII sobre el Éxodo; Homilía V sobre Isaías*.

⁴ San Cirilo de Jerusalén: *Catequesis mistagógicas* (V 22).

⁵ San Ambrosio: *De Spiritu Sancto*, III 12.

⁶ San Agustín: *Comentario al Salmo XCXVIII* 9.

⁷ San Epifanio: *Expositio fidei*, XXIV.

⁸ San Jerónimo: *Comentario de Isaías XIII* 45

⁹ *Constituciones apostólicas*, VIII 9.

sin tener en cuenta las piadosas aportaciones de los siglos, es perfectamente contraria a la Tradición de la Iglesia y, lejos de ser un progreso, es una regresión tanto de la piedad como de la fe, ya que una es la expresión de la otra. Si se obliga a quien tiene la costumbre de postrarse de rodillas a que solo incline la cabeza, se menosprecia a sus ojos el misterio en beneficio de su propia elevación y, al hacerlo, lejos de familiarizarlo con la presencia real, se le priva del vector natural de su devoción. Por cierto, lo mismo ocurre con la forma de comulgar y con el transporte de la Eucaristía. Por último, hay que comprender que estos tres usos están íntimamente relacionados, y favorecer uno en detrimento de los demás desequilibra la devoción. Me ha ocurrido estar en algunas comunidades religiosas en las que se postran hasta el suelo en la consagración y la exposición del Santísimo Sacramento, pero en las que se acercan y regresan de la comunión sin el menor gesto aparente de piedad; se presta poca atención a la purificación de los copones y se transportan las especies sagradas como si fueran algo ordinario. Estas santas mujeres creen firmemente en la presencia real que adoran diariamente, pero su comportamiento desequilibra la piedad eucarística, como si el Señor fuera menos adorable en la comunión que en la elevación, en la custodia que en el sagrario. Nuestros padres eran personas sensatas cuando desarrollaron los gestos de la adoración eucarística, que muestran la fe con más certeza que los discursos, por muy rigurosos que sean.

2. De la reserva eucarística

Si bien, para la época anterior a la paz constantiniana, solo podemos hacer conjeturas, es probable que los fieles llevaran a veces una parte de las especies sagradas a sus casas, ya fuera para dar la comunión a los enfermos o para comulgar ellos mismos; San Basilio relata que «en la ciudad de Alejandría y en el resto de Egipto, los fieles guardan la comunión en sus casas y toman en varias ocasiones lo que han recibido en la iglesia, de manos del oficiante¹⁰». No es raro encontrar alusiones a este uso doméstico de la Eucaristía, sobre todo para invitar a los fieles al respeto y la prudencia¹¹: así, Hipólito de Roma, en la *Tradición apostólica*, Tertuliano, en *Ad Uxorem* y en *De Oratione*, Novaciano en *De Spectaculis*, san Cipriano en *De Lapsiis*. Aunque la conservación de la Eucaristía en las casas particulares no desapareció por completo —san Jerónimo, san Paulino de Nola y san Agustín dan fe de ello—, es cierto que, tras la paz constantiniana, se estableció la norma de conservar permanentemente el Santísimo Sacramento en los *pastophoria* de las iglesias, como atestiguan, a finales del siglo IV^e siglo, las *Constituciones Apostólicas*. San Juan Crisóstomo

¹⁰ Epístola *Ad Cæsaream*.

¹¹ A.G. Martimort: *La Iglesia en oración, introducción a la liturgia*, Desclée & Compagnie, editores, Tournai, 1965.

invitaba encarecidamente a los fieles a venir a adorar la presencia real del Señor: «Los magos vinieron desde los confines de Persia para adorar al Niño en el establo; y nosotros, que no tenemos que exponernos a los peligros y fatigas de un largo viaje para adorarlo en nuestras iglesias y tabernáculos, nosotros, que solo tenemos que salir de nuestra casa, ¿nos negaríamos a hacerlo? ¿No es esto la más culpable de las negligencias e incluso la más negra y monstruosa ingratitud? En aquella época, la Eucaristía no se conservaba en el coro de las iglesias, sino en un lugar especial, a menudo cerca de la sacristía, el *conditorium* del que habla el primer *Ordo romanus*, o el *secretarium* del que habla el *Ordo* ambrosiano de Bérold¹². En caso de que nos sintiéramos tentados a creer que la Eucaristía se conservaba simplemente en un armario de la sacristía, bastaría, para convencernos de lo contrario, remitirnos a la descripción que san Paulino (353-431) hace de la basílica de San Félix de Nola a Sulpicio Severo¹³; el ábside principal estaba flanqueado por dos ábsides subsidiarios, los *secretaria*, cuyo *secretarium* de la derecha, el *diaconicon*, albergaba la Eucaristía y los vasos sagrados: «Este es el lugar donde se encuentra la reserva sagrada y donde se extraen los objetos sagrados que conforman la magnificencia del culto»; el *secretarium* de la izquierda, el *prothesis*, contenía los libros sagrados: «Si alguien siente el santo deseo de meditar sobre la ley, puede consultar los libros sagrados mientras reside aquí.». Desde entonces, el *prothesis* fue rodeado de respeto y, para subrayar su majestuosidad, el cuidado de la presencia real se reservó a los sacerdotes; el concilio de Laodicea (hacia 360), el primer concilio de Vaison (452) y el concilio de Agde (506) excluyeron a los subdiáconos; el *De ecclesiasticis Officiis* de San Isidoro de Sevilla (fallecido en 636) confió su custodia a los levitas. El autor de la *Vida de San Didier de Cahors* (fallecido en 655) elogia al santo obispo por haber velado por que los vasos sagrados estuvieran brillantes, el *sacrarium* limpio y las lámparas encendidas¹⁴. En el siglo^{VI}, un sínodo de Verdún ordenó conservar el Santísimo Sacramento en «un lugar eminente y honrado y, si las facultades de la iglesia lo permiten, debe haber siempre delante una lámpara encendida»¹⁵. No creáis que estos diversos textos, aunque fueran decisiones conciliares o sinodales, instituían nuevas disposiciones; al contrario, extendían a las iglesias que dependían de su autoridad los usos nacidos de la piedad de los pastores, y con los que los fieles se habían sentido cómodos.

Dondequiera que se conservara la Eucaristía, la Iglesia enseñaba que «Cristo debe ser adorado porque es el Verbo de Dios encarnado y debe ser adorado en la misma adoración que su

¹² *Beroldus sive Ecclesiae mediolanensis kalendarium et ordines*, Ediciones Magistretti, Milán, Giavanola, 1894.

¹³ San Paulino de Nola: *epístola* XXXII.

¹⁴ *Vita sancti Desiderii cadurcensis*, capítulo XII.

¹⁵ C. Chardon: *Histoire des sacrements*, París, 1745.

propia carne¹⁶ ». Si bien puede ser arriesgado suponer que la adoración perpetua ya se practicaba en el prestigioso monasterio de Agaune en 522, lo cierto es que el cuarto canon del concilio de Tours, celebrado en 567, ordenó que las puertas del santuario permanecieran abiertas para permitir a los fieles acudir en cualquier momento a rezar ante el altar.

En la época carolingia aparecieron los reclusos que, desde su celda contigua a la iglesia, podían ver el tabernáculo a través del hagioscopio; la regla más antigua de los reclusos, la de Grimlaïc, escrita a finales del siglo IX, prescribía que debían deleitarse con el espectáculo de la presencia e¹⁷. Esta institución surgió como reacción contra el simbolismo de Ratramme, al que se oponía el realismo de Paschase Radbert, que afirmaba la identidad del Cristo eucarístico con el Cristo histórico¹⁸. Los fieles rendían las mayores muestras de honor a la presencia real del tabernáculo, *la adorable hostia del Hijo de Dios*, por decirlo como los anglosajones de entonces, a quienes les gustaba rezar ante el altar, incluso cuando la iglesia estaba vacía; así, su rey Alfredo (871-901), que asistía a misa todos los días y recitaba las diferentes horas, acudía en secreto por la noche a la iglesia para rezar ante el Santísimo Sacramento. La primera cofradía del Santísimo Sacramento, cuyos miembros se proponían honrar a Jesús presente en la Eucaristía, nació en el siglo IX en Saint-Remi de Laon. Los hagiógrafos nos cuentan que el santo obispo Wulstan de Worcester (fallecido en 1095) visitaba con frecuencia el Santísimo Sacramento por la noche, al igual que había hecho el rey Wenceslao de Bohemia (fallecido en 935). El rey Roberto II el Piadoso (fallecido en 1031) iba precedido de un carro en el que se encontraba el Santísimo Sacramento, al que adoraba bajo una tienda montada durante las paradas; San Luis (fallecido en 1270) haría lo mismo, incluso en el barco de la cruzada, y los papas mantendrían este privilegio hasta Benedicto XIII.

Dado que disponemos de poco tiempo, permítanme no entrar en detalles sobre los vasos y muebles en los que se conservaba la Eucaristía. Sin embargo, cabe destacar que la costumbre de conservar la Eucaristía en el altar mayor surgió hacia el siglo VIII, en tierras carolingias; a mediados del siglo siguiente, León IV¹⁹ recomendó este uso al clero romano. Sin embargo, el tabernáculo siguió siendo móvil durante mucho tiempo y hubo que esperar al Renacimiento italiano y a la reforma tridentina para que se fijara comúnmente al altar; san Carlos Borromeo hizo que el concilio de Milán (1565) ordenara este uso. «La santa reserva (tabernáculo) —concluye el *Catecismo de la Iglesia Católica*— estaba destinada en primer lugar a guardar dignamente la

¹⁶ Noveno canon del segundo concilio de Constantinopla (553).

¹⁷ Grimlaïc: *Regula solitariorum*.

¹⁸ Paschase Radbert: *De Corpore et sanguine Domini*.

¹⁹ León IV murió en 855.

Eucaristía para que pudiera ser llevada a los enfermos y a los ausentes fuera de la misa. Al profundizar en la fe en la presencia real de Cristo en su Eucaristía, la Iglesia tomó conciencia del significado de la adoración silenciosa del Señor presente bajo las especies eucarísticas. Por eso, el tabernáculo debe colocarse en un lugar especialmente digno de la iglesia; debe construirse de tal manera que subraye y manifieste la verdad de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento.²⁰»

3. De la ostensión eucarística

Ahora bien, durante la Edad Media, para adorar mejor fijando la mirada, los fieles querían ver, a falta de la sagrada hostia, el vaso sagrado que la contenía; para ello, se construyeron armarios eucarísticos, una especie de tabernáculos con puertas caladas o aberturas en las paredes, para que se pudiera ver el vaso sagrado; para que los fieles pudieran verlo mejor, se colocó sobre un pie y se convirtió en el copón que conocemos. A veces se perforaban *óculos* eucarísticos en las paredes de las iglesias para que, por la noche, se pudiera distinguir desde el exterior, si no el copón o el tabernáculo, al menos la luz que atestiguaba la presencia real del Señor.

La primera ostensión eucarística, tal y como la entendemos hoy en día, es decir, la elevación de la consagración, se habría instituido para responder a la herejía simbolista de Berengario (fallecido en 1088), que negaba la transubstanciación y, quizás incluso más tarde, la presencia real de Cristo en la Eucaristía. Como cualquier otro error dogmático, la herejía de Berengario, que sucedió a la de los maniqueos de Orleans (1022) y Arras (1035), provocó una doble reacción: por un lado, la erudita, de los teólogos (Lanfranc, Guitmond d'Aversa, Alger de Liège, Hugues de Saint-Victor), que profundizaron en la doctrina para refutar las objeciones; por otro lado, la piadosa y pragmática del pueblo, que dio testimonio de su fe mediante prácticas devocionales apropiadas. Lanfranc (fallecido en 1089), que era arzobispo de Canterbury, instituyó, para el Domingo de Ramos, una procesión del Santísimo Sacramento ante la cual todos debían arrodillarse²¹.

De hecho, los errores de Berengario no parecen ser el origen de la institución del rito de la elevación después de la consagración; sin embargo, indirectamente, contribuyeron poderosamente a atraer la atención y, por consiguiente, el interés de los fieles hacia la hostia consagrada. *La Acren Riwle* prescribía a las reclusas que se levantarán con sus pensamientos puestos en la Sagrada Eucaristía conservada en el altar mayor y, volviéndose hacia ella, la adorarán de rodillas diciendo:

²⁰ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n.º 1379.

²¹ *Decreta pro ordine S. Benedicti*.

«¡Salve, principio de nuestra creación! ¡Salve, rescate de nuestra redención! ¡Salve, viático de nuestra peregrinación! ¡Salve, recompensa esperada y deseada! ¡²²».

Esta corriente de adoración, en la que florecía la piedad medieval, empujó a los fieles que no podían recibir la comunión sacramental a pedir la visión de la sagrada hostia. En las *Sentencias* de Anselmo de Laon, escritas a principios del siglo^{XII}, se lee que esta comunión es muy real, aunque solo sea espiritual. A finales del siglo^{XII}, esta petición fue lo suficientemente fuerte como para que naciera, durante la misa, el rito de la elevación. Para satisfacer esta petición casi generalizada, apareció el decreto de Eudes de Sully, obispo de París de 1196 a 1208, que prescribía que, tras las palabras de la consagración, el sacerdote elevara la hostia «de manera que pudiera ser vista por todos²³», ya que, según él, la contemplación de la sagrada hostia constituía «un hermoso homenaje de fe y adoración, de lo más saludable para los fieles.» Guillaume d'Auxerre (1150-1232), profesor de la Universidad de París, declaraba que «el sacerdote eleva el cuerpo de Cristo para que todos los fieles lo contemplen y pidan lo que es útil para su salvación.²⁴». Los obispos que, siguiendo a Eudes de Sully, prescribieron la misma práctica, mostraban la misma preocupación por la piedad; así, el concilio de Exeter (1287) establece: «Que la hostia sea elevada, para que pueda ser contemplada por todos los que se encuentran alrededor del altar: así se aviva la piedad de los fieles y aumentan los méritos de su fe.²⁵». Desde principios del siglo^{XIII}, la elevación estaba tan extendida que el papa Honorio III (1216-1227) sancionó la costumbre pidiendo que el pueblo se inclinara respetuosamente ante ella (1219). En la elevación de la misa, los fieles adquirieron la costumbre de saludar a Cristo del sacrificio con aclamaciones o breves fórmulas de devoción, de las que encontramos un ejemplo en *La búsqueda del Santo Grial* (compuesta hacia 1220), donde el rey Mordrain exclama: «*Ave salus mundi Verbum Patris, hostia vera!*»; en el siglo^{XIV}, esta oración se seguiría proponiendo para la elevación en un misal de Chartres.

En el siglo^{XIII}, «el pensamiento y el culto de la Eucaristía se convierten, en casi toda la Iglesia, en un objeto constante e inmediato de ^{solicitud}²⁶» tanto para los fieles como para los teólogos. Comienzan entonces las visitas habituales al Santísimo Sacramento, para las que san Francisco de

²² *Regla de las reclusas* (traducción de G. Meunier) Tours, 1928.

²³ *Statuta Ecclesiae parisiensis*, París, 1777.

²⁴ Guillaume d'Auxerre: *Summa aurea* (Biblioteca municipal de Besançon, manuscrito XLI).

²⁵ Maskell: *Ancient Liturgy of England*, Oxford, 1882.

²⁶ R.P. Herbert Thurston: «L'Eucharistie et le Saint-Graal» en *Revue du clergé français*, París, 1908.

Asís (1181-1226) compone el acto de adoración²⁷. Santo Tomás de Aquino (1225-1274), al igual que su maestro, santo Domingo, pasa largos ratos ante el sagrario, al igual que María de Oignies (fallecida en 1213)²⁸. La contemplación de la hostia se considera una comunión espiritual en la que, según Pedro Lombardo (fallecido en 1164), «los que comen espiritualmente reciben la verdad de la carne y la sangre²⁹». Guillermo de Auxerre (1150-1232) escribe que «provoca un mayor amor a Dios.³⁰» Se instituyen cofradías del Santísimo Sacramento³¹.

Esta corriente de contemplación continuará hasta llegar a la exageración, hasta tal punto que los sumos pontífices del siglo XVI intentarán poner orden en ella. Se recuerda que el Señor reveló a santa Gertrudis (1255-1303) «que, aunque quien comulga realmente recibe grandes beneficios para su salvación, sin embargo, quien, por deber de obediencia y santa discreción, se priva de recibir corporalmente este augusto sacramento y, inflamado por el deseo y el amor de Dios, comulga espiritualmente, recibe ante Dios frutos mucho más abundantes³²». A finales del siglo^{XIV}, santa Dorotea de Danzig (fallecida en 1394), que solo podía comulgar unas pocas veces al año, organizaba su vida de madre de familia para ir cada día a contemplar la sagrada hostia, convencida de que allí recibía muchas gracias³³. A falta de recibir el viático, la contemplación de la hostia consagrada equivalía a la comunión. Así, santa Juliana del Monte Cornillon (1193-1258), iniciadora de la fiesta del Corpus Christi, que en su lecho de muerte no pudo comulgar, «murió fijando la hostia con una mirada penetrante³⁴». Esta creencia se destaca, en el siglo^{XV}, en el *Tractatus sacerdotalis* de Nicolas de Blony y en el ritual de Reims; durante el siglo^{XVI}, esta comunión espiritual con el viático se recomienda en numerosos rituales, como los de Estrasburgo (1500), Rodez (1514), Schwerin (1521), Maguncia (1551) o París (1574). Maximiliano I de Habsburgo

²⁷ «Te adoramos, oh Santísimo Señor Jesucristo, aquí, como en todas las iglesias del mundo, y te bendecimos porque has redimido al mundo con tu santa Cruz».

²⁸ Jacques de Vitry: *Vita de Marie d'Oignies*.

²⁹ Pedro Lombardo: *Sentencias* (IV, 9).

³⁰ Guillaume d'Auxerre: *La suma de oro*.

³¹ Se dice que ya en el siglo^{IX} existía una cofradía del Santísimo Sacramento en Saint-Remi de Laon; la de Saint-Godard de Rouen data de 1120. Parece que la cofradía de Aviñón se remonta a 1226; también se citan, para esta época, las de Troyes (1264) y Saint-Martin de Lieja.

³² Santa Gertrudis: *Revelaciones*, XXXIX.

³³ A. Molien: «Le culte rendu à l'hostie» (El culto rendido a la hostia), en *Eucharistia*, París, 1941.

³⁴ Adhemar d'Ales: *Eucaristía*, París, 1930.

(1459-1519), cuando cayó en un precipicio del Tirol y vio que no podía recibir el viático, quiso que le mostraran la hostia consagrada para adorarla³⁵.

Por último, hay que mencionar a santa Juliana del Monte Cornillon y la institución de la Fiesta de Dios por Urbano IV (1261-1264)³⁶. Dos años después de tomar los hábitos, la hermana Juliana tuvo una noche una visión del globo lunar irradiando luz, pero atravesado en su diámetro por una línea oscura; sin comprender esta visión, pidió una explicación a algunas religiosas virtuosas que le aconsejaron no profundizar en este misterio, pero que no pudieron evitar cotillear, hasta el punto de que algunos visitantes vinieron a molestarla. La hermana Sapiencia, priora del convento, conociendo la devoción de Juliana por la Eucaristía y su gusto por la soledad, le hizo construir un oratorio donde pudiera retirarse a rezar. Como nadie le había explicado su visión, decidió pedirle al Señor que le revelara ese misterio y, mientras dormía, en 1210, una voz le dijo: «La Iglesia militante está representada por el globo de la luna; la mancha que cubre una parte significa que falta una fiesta que Dios quiere instituir; es la fiesta del augustísimo y santísimo sacramento del altar. El Jueves Santo, en verdad, está destinado a este fin, pero las diversas ceremonias de este día impiden su solemnidad; es necesario establecer otra que sea honrada y observada en toda la cristiandad. Y ello por tres razones: 1. para que la fe en los misterios de la religión, que disminuye y seguirá disminuyendo si no se pone remedio, se afiance y se confirme en su totalidad; 2. para que los hombres que aman y buscan la verdad sean plenamente instruidos en ella y saquen de esta fuente de vida fuerzas para avanzar en el camino de la virtud; 3. para que las

³⁵ Mientras cazaba gamuzas en los alrededores de Innsbruck, resbaló desafortunadamente en el hueco de una roca escarpada (Martinswand), de la que, humanamente hablando, le era absolutamente imposible salir. Maximiliano se dio cuenta de su situación. Resignado a la muerte, escribió con dificultad estas palabras en un trozo de pergamino que, afortunadamente, llevaba consigo y que dejó caer al fondo del valle, donde ya se había reunido un grupo de personas: «Puesto que no puedo recibir la sagrada comunión, id a buscar a un sacerdote para que traiga el santo sacramento y me bendiga desde lejos, y así moriré consolado». Su deseo fue concedido: el párroco del pueblo situado al pie de la roca acudió, rodeado de sus feligreses, llevando la custodia para bendecir al desdichado príncipe. Este encontró aún la manera, en la hendidura de la roca, de arrodillarse para adorar a su Salvador, y de repente un joven vestido de tirolés se encontró a su lado, le tendió la mano y le dijo: «El Dios que has adorado me envía para liberarte, sígueme». Y, cosa maravillosa, sostenido por la mano de este guía celestial, el archiduque desciende lentamente por la escarpada roca, ante el asombro de los testigos de esta memorable escena. Todos quieren conocer al libertador, pero este ha desaparecido ante los ojos de todos. Esta custodia se conserva cuidadosamente en el castillo de Frazenburg, cerca de Laxenbourg.

³⁶ Dos habitantes del pueblo de Rétine, cerca de Lieja, fallecieron en 1197, dejando dos huérfanas: Agnès (nacida en 1191) y Julienne (nacida en 1192). Las dos niñas fueron acogidas en el convento de las agustinas hospitalarias de Mont-Cornillon, una nueva fundación en la que las religiosas, muy fieles a su voto de pobreza, cuidaban a los leprosos y a los enfermos. Situado a las puertas de Lieja, el monasterio de Mont-Cornillon comprendía una comunidad masculina y otra femenina; esta última tenía una priora, pero el prior de la comunidad masculina era su superior. Bajo la autoridad de la hermana Sapiencia, que les instruyó en la doctrina cristiana y les contó la vida de los santos, Agnes y Juliana vivían en una granja que dependía del convento. Juliana, entusiasmada por la vida religiosa, aunque sentía una gran atracción por la soledad, aprendió de memoria el salterio y se entregó a tan grandes austeridades que la hermana Sapiencia tuvo que llevarla a la moderación, enseñándole que, a los ojos del Señor, la práctica de la obediencia es mejor que el sacrificio. Juliana, que a los catorce años recibió el hábito de las religiosas del Mont-Cornillon (1207), aprendió latín para instruirse mejor en las verdades de la religión y se familiarizó con los escritos de los Padres, especialmente con los de san Agustín y san Bernardo.

irreverencias e impiedades cotidianas que se cometen contra la majestad de este sacramento sean reparadas y expiadas mediante una adoración profunda y sincera». A partir de entonces, Juliana solo se ocupó de pensar en Dios, quien la favoreció con una vida mística extraordinaria, el don de la profecía y el conocimiento de los corazones.

En 1222, cuando murió la hermana Sapiencia, Juliana fue elegida priora del Monte Cornillon. Aún no había revelado la revelación que había tenido y, mientras le pedía al Señor que la liberara de esa misión, recibió, por el contrario, la orden de actuar sin demora. Sin saber muy bien cómo hacerlo, decidió revelar su misión a Eva, una reclusa a la que había animado en el pasado y a la que veía una vez al año, y a Isabel, una religiosa de Huy. Estas se dirigieron a Juan de Lausana, piadoso y erudito canónigo de la iglesia de San Martín, cerca de la cual residía Eva la reclusa; el canónigo recurrió a Jacques Pantaléon, archidiacono de Lieja, Hugo de Saint-Cher, provincial de los dominicos, Guy de Laon (futuro obispo de Cambrai), al canciller de la Universidad de París y a dos dominicos, los padres Jean y Gérard, todos ellos doctores de la Universidad, quienes autorizaron a Juliana a encargar la composición del oficio de la Fiesta de Dios a Jean, religioso del Mont-Cornillon. Como el clero de Lieja estaba dividido sobre la utilidad de esta fiesta, Juliana, que no quería precipitarse, se fue en peregrinación a Colonia, Tongres y Maastricht. Se produjo un movimiento favorable en Lieja, pero el nuevo superior del Mont-Cornillon, Roger, levantó a las religiosas contra su priora, quien, con cuatro de sus hermanas y gracias al apoyo de Jean de Lausana, pudo refugiarse cerca de la iglesia de San Martín. Tres meses más tarde, el obispo de Lieja destituyó a Roger, entregó el cargo a Jean (el autor del oficio) y Juliana recuperó su puesto de priora. El obispo de Lieja, Robert de Thourotte, aún dudaba en establecer la fiesta cuando, de camino al concilio de Lyon, Dios le reveló su voluntad; de regreso a Lieja, instituyó la fiesta del Corpus Christi en su diócesis (sínodo de 1246). Robert de Thourotte murió sin haber podido celebrar la fiesta de Corpus Christi (16 de octubre de 1246), lo que hicieron los canónigos de Saint-Martin en 1247. Bajo el sucesor de Robert de Thourotte, Henri de Gueldre, que reinstauró a Roger, se reanudaron las persecuciones contra Juliana; acompañada de tres fieles (Agnès, Ozilie e Isabelle de Huy), tuvo que retirarse primero a Robermont, en el valle de Notre-Dame, y luego a Namur, cerca de la iglesia de Saint-Aubin. Sin embargo, sus compañeras temían por su salud, que se debilitaba cada vez más. «No temáis, les decía, os acompañaré fielmente hasta la muerte, e incluso os sobreviviré». De hecho, dos de ellas (Agnès y Ozilie) murieron poco después, en Namur. Luego, Juliana se retiró a la abadía cisterciense de Salsines. Sin embargo, Hugo de Saint-Cher, que se había convertido en cardenal de Santa Sabina y legado del Papa en el Sacro Imperio, aprobó el establecimiento de la fiesta, que celebró en 1252 y extendió a todas las diócesis de su legación.

Pronto, Juliana perdió en Salsines a la fiel compañera que le quedaba; otra religiosa del Mont-Cornillon, Ermentrude, fue enviada para asistirle hasta su muerte. La persecución afectó a las religiosas de Salsines y Juliana tuvo que retirarse a Fosses, entre Sambre y Mosa; allí, afectada por una grave enfermedad, mandó llamar al canónigo Jean de Lausanne, que no creyó conveniente acudir, y se encontró en un abandono supremo, que por otra parte ella había predicho. La enfermedad empeoró durante la Cuaresma. El día de Pascua, a pesar de su agotamiento, quiso ir a la iglesia, asistió a maitines y laudes, recibió la comunión y permaneció en la iglesia hasta el final del día. Por la noche, regresó a su celda, pidió la extremaunción, que recibió con lágrimas de alegría y una admirable presencia de ánimo. El miércoles después de la octava de Pascua, se encontró peor: Himana, la abadesa de Salsines, acudió rápidamente al enterarse del peligro y quiso pasar la noche con ella, pero Juliana la invitó a descansar asegurándole que no moriría ese día. El jueves, le pidió a Ermentrude que le recitara su oficio para poder seguirlo al menos con la mente y el corazón. El viernes, Himana volvió a visitarla con algunas religiosas, y todas consideraron que era el final. Juliana falleció en el Señor (5 de abril de 1258).

Tres años más tarde, el 29 de agosto de 1261, el antiguo archidiacono de Lieja, Jacques Pantaléon, obispo de Verdún (1253) y posteriormente patriarca de Jerusalén (1255), aunque no era cardenal, fue elegido papa (29 de agosto de 1261). Eva, la reclusa de la colegiata de San Martín de Lieja, le escribió para que instituyera la fiesta para la Iglesia universal. Urbano IV, sin duda tras el milagro eucarístico de Bolsena³⁷, publicó la bula *Transiturus* el 11 de agosto de 1264, en Orvieto: «Hemos considerado oportuno decidir que, además de la conmemoración que se hace todos los días en la Iglesia de tan gran sacramento, se haga otra anual más especial y solemne, asignando para ello un día determinado que queremos que sea el jueves después de la octava de Pentecostés. » La fiesta de Corpus Christi no fue aceptada en todas las iglesias latinas hasta la época de Clemente V, durante el concilio ecuménico de Viena (1311), en el que se renovó la constitución de Urbano IV.

No parece que la liturgia de la Fiesta de Dios, en el momento de su institución, incluyera una ostensión del Santísimo Sacramento, pero el pueblo cristiano, que tenía un gran deseo de verlo, aprovechaba todas las ocasiones posibles para contemplar la hostia. Entre estas ocasiones, cabe citar los milagros eucarísticos, que se multiplicaban en aquella época, ya fuera para proteger a los

³⁷ Pedro de Praga, mientras celebraba misa ante la tumba de santa Cristina, se sentía atormentado por las dudas sobre la presencia real de Cristo en la Eucaristía. En el momento de partir la hostia, ya no vio una hostia blanca, sino algo rojizo, como carne viva, de la que brotaban gotas de sangre sobre el corporal que no manchaban sus manos. Conmociónado, depositó la hostia en el cáliz, lo cubrió con el velo y lo llevó a la sacristía. Urbano IV, que entonces residía en Orvieto, envió a Bolsena al obispo Jacques Maltraga y a varios teólogos, entre los que quizá se encontraban santo Tomás de Aquino y san Buenaventura.

creyentes o para responder a las dudas o sacrilegios³⁸. Así, diez años antes de que Urbano IV inaugurara solemnemente la fiesta de Corpus Christi, Tomás de Cantimpré³⁹ daba testimonio de una ostensión del Santísimo Sacramento en Douai, donde había tenido lugar, el día de Pascua de 1254, un milagro eucarístico⁴⁰. «Informado de este acontecimiento por el rumor que pronto se extendió, escribe Tomás de Cantimpré, me dirigí a Douai. Al llegar a casa del decano de Saint-Arné, a quien conocía muy bien, le rogué que me mostrara el milagro. Él accedió y dio órdenes para satisfacerme. Se abrió la caja; el pueblo acudió en masa y, poco después de abrirse la caja, todos exclamaron: «Ahí está, lo veo; ahí está, veo a mi Salvador». Yo estaba de pie, asombrado: solo veía la forma de un pan muy blanco y, sin embargo, mi conciencia no me reprochaba ninguna falta que pudiera impedirme ver, como los demás, ese cuerpo sagrado. Apenas me ocupé de estos pensamientos, vi el rostro de Jesucristo en la plenitud de la edad. Sobre su cabeza había una corona de espinas, y dos gotas de sangre le caían de la frente sobre el rostro, a ambos lados de la nariz. Al instante me arrodillé y, llorando, lo adoré. Me levanté: en la cabeza ya no había corona ni sangre, pero vi un rostro de hombre, venerable más allá de lo que se puede imaginar. Estaba girado hacia la derecha, de modo que el ojo derecho apenas se veía. La nariz era muy larga y recta, las cejas arqueadas, los ojos muy dulces y bajos; una larga cabellera le caía sobre los hombros. La barba, que el hierro no había tocado, se curvaba por sí sola bajo la barbilla y, cerca de la encantadora boca, se adelgazaba, dejando a cada lado de la barbilla dos pequeños espacios sin pelo, como les sucede a los jóvenes que se han dejado crecer la barba desde la infancia. La frente era ancha, las mejillas delgadas, y la cabeza, así como el cuello bastante largo, se inclinaban ligeramente. He aquí el retrato, he aquí la belleza de ese rostro tan dulce. En el espacio de una hora, se solía ver al Salvador bajo diferentes formas. Algunos lo vieron extendido en la cruz, otros viniendo a juzgar a los hombres; muchos, y son la mayoría, lo vieron bajo la forma de un niño.

³⁸ La hostia se transforma en carne sangrante en Ferrara (1171), Alatri (1228), Bolsena (1244), Darica (1239), Santarém (1247), en Offida (1273), en París (1290), en San Daniel y en San Cugas del Vallès, cerca de Gerona (1297); el vino del cáliz es sangre verdadera en San Ambrosio de Florencia (1230).

³⁹ Thomas de Cantimpré, nacido en Lewes, cerca de Bruselas, en 1201, fallecido hacia 1270. Tras comenzar sus estudios en Lieja, ingresó en la orden de los agustinos de la abadía de Cantimpré, cerca de Cambrai (1217), y posteriormente pasó a la orden de los dominicos (1232), que lo enviaron a estudiar a Colonia y París. Tomás de Cantimpré, que enseñó teología en Lovaina y fue un famoso predicador en Alemania, Suiza y Francia, escribió varias *vidas* de santos, algunos poemas en latín y una obra moral muy gráfica, basada en historias sagradas y observaciones de la naturaleza (*Bonum universale de apibus*).

⁴⁰ «Douai, escribe Tomás de Cantimpré, es una ciudad grande y espaciosa, situada a la derecha de la carretera que une las nobles ciudades de Arras y Cambrai. En esta ciudad, en la iglesia de los canónigos de Saint-Amé, en época de Pascua, un sacerdote que había dado la comunión al pueblo vio con espanto que una hostia yacía en el suelo. Se arrodilló y quiso recoger el cuerpo de Jesucristo, pero pronto, por sí sola, la hostia se elevó en el aire y se posó sobre el paño que los sacerdotes utilizan para purificar sus dedos consagrados. El sacerdote gritó, llamó a los canónigos y estos, acudiendo a su voz, vieron sobre el paño un cuerpo lleno de vida con la forma de un niño encantador. Pronto se convocó al pueblo, que pudo contemplar el prodigio, y todos los asistentes, sin distinción, disfrutaron de esta visión celestial.

Es probable que la ostensión eucarística se realizara con el copón, sobre el que se elevaba momentáneamente la hostia para mostrarla al pueblo, como acabamos de ver en Douai. Sin embargo, como los fieles querían contemplar durante más tiempo las sagradas especies, se diseñó un nuevo recipiente sagrado para exponer el Santísimo Sacramento, al que primero se llamó *monstrancia* y luego *ostensorio*. La iglesia de Saint-Quentin de Hasselt (Bélgica) conserva una monstrancia que fue ofrecida en 1286 por Edwige, priora de Herckenrode, a su abadía⁴¹. A principios del siglo^{XIV}, las ostensiones de la Eucaristía estaban tan extendidas que Juan XXII (1316-1334) ordenó, para la fiesta de Corpus Christi, la procesión del Santísimo Sacramento, cuya primera salida tuvo lugar ese año desde la catedral de Aviñón (1318). Antes de la decisión de Juan XXII, además de la procesión que Lanfranc había prescrito para el Domingo de Ramos, casi dos siglos y medio antes, ya se habían celebrado procesiones solemnes del Santísimo Sacramento, especialmente en Colonia (1279) y Worms (1315). La aplicación del decreto de Juan XXII fue lenta, pero la procesión se menciona en el concilio de Sens (1320), en el concilio de Tournai (1323), en un manuscrito de Chartres (1330) y, sin duda en esa época, en un *Ordinario* de Ruan. Sin duda, también hay que mencionar Reims, ya que el arzobispo Robert de Courtenay (fallecido en 1324) legó una custodia para la procesión del Santísimo Sacramento⁴². En la mayoría de los demás países, hubo que esperar hasta el siglo^{XV}, cuando la presión popular se hizo aún mayor, ya que Martín V concedió indulgencias especiales por asistir a la procesión del Corpus Christi.

La exposición del Santísimo Sacramento para su contemplación, a pesar de algunas resistencias clericales, se extendió con bastante rapidez para responder a la presión de los fieles. En 1328, en la iglesia de San Fortunato de Todi, el Santísimo Sacramento se exponía diariamente⁴³; en la misma época, entre los caballeros teutónicos de Danzig, la beata Dorotea de Montau (fallecida en 1394) acudía varias veces al día a adorar el Santísimo Sacramento expuesto en la custodia⁴⁴; en Múnich, un burgués ofreció una custodia de cristal transparente para la adoración del Santísimo Sacramento (1395). En el siglo siguiente, las exposiciones del Santísimo Sacramento eran tan habituales en Passau, Schwerin, Breslau y Colonia que las autoridades eclesiásticas, en particular Nicolás de Cusa⁴⁵, temiendo que la costumbre acabara con la piedad, intentaron limitarlas a la

⁴¹ El bisel de esta custodia lleva la siguiente inscripción: ANNO DOMINI MCCLXXXVI FECIT ISTUD VAS FIERI DOMINA HEILEWIGIS DE DIEST PRIORISSA IN HERKENRODE, CUJUS COMMEMORACIO IN PERPETUUM CUM FIDELIBUS HABEATUR.

⁴² Adhemar d'Ales: *Eucharistie*, París, 1930.

⁴³ Adhemar d'Ales: *Eucharistie*, París, 1930.

⁴⁴ Jean de Marienwerder: el *Septilium*.

⁴⁵ Decreto de Colonia (1452).

fiesta de Corpus Christi y sus octavas. Pero fue en vano y, ante la insistencia de los fieles, cuyos progresos espirituales constataban los sacerdotes, las exposiciones se extendieron más allá de la fiesta de Corpus Christi y sus octavas.

A medida que se desarrollaba el culto a la Eucaristía fuera de la misa, se instauró una forma particular de oración pública vespertina en torno al *Salve Regina*. Esta antifona, cuyo compositor se desconoce, fue introducida en algunos oficios de la Santísima Virgen por el obispo de Le Puy, Adhémar de Monteil (1079-1098), y se extendió rápidamente entre la piedad popular durante la predicación de la cruzada, de la que Adhémar de Monteil fue el primer legado. Hacia 1221, cuando algunos dominicos del convento de Bolonia fueron víctimas de una posesión diabólica, su prior, para liberarlos, hizo cantar el *Salve Regina* cada noche al final de las completas. El efecto fue tan beneficioso que la costumbre se extendió a otras casas dominicanas y, a partir de mediados del siglo XIII, incluso en las parroquias, donde dio lugar a una especie de oficio popular. Se sabe que el rey San Luis (fallecido en 1270) asistía cada noche, con su familia y su gente, a un ejercicio similar que se extendió abundantemente por Francia, Inglaterra, los Países Bajos e Italia. La hora era conveniente para todos y la ejecución, fácil para todos, hasta el punto de que esta oración vespertina se convirtió en uno de los centros de la vida cristiana. Entonces se vio a grandes personajes, como el conde Thibaud V de Champagne, crear fundaciones para que los canónigos o los regulares cantaran el *Salve Regina* después de las completas. Se crearon nuevas cofradías para reunir a los fieles por la noche ante el altar de la Santísima Virgen para cantar y rezar (London Bridge en 1334, Brujas e Ypres en 1365, y en toda Francia e Italia hasta el siglo^{XVI}).

Dado que ambos ejercicios del culto se desarrollaban simultáneamente, no tardó en surgir el deseo de unirlos, lo que se llevó a cabo de manera particular durante el siglo^{XVI} y de manera general a principios del siglo^{XVII}. Entonces se adquirió la costumbre de bendecir a los fieles con la custodia, que más tarde se transformó en ostensorio. Sin embargo, cabe señalar que la primera descripción del saludo y la bendición del Santísimo Sacramento tal y como los conocemos hoy en día data de Hildesheim en 1493, y sin duda ya estaba muy extendida, ya que se encuentran ejemplos similares en la catedral de Amiens en 1499. El concilio de Colonia (1452) ya proporcionó un texto sobre el saludo. Huelga decir que se trata de la acción sin la palabra, que no aparecerá hasta la década de 1660.

El Concilio de Trento pide que se honre «el santísimo sacramento del culto de latría que se debe al Dios verdadero⁴⁶»; En este espíritu, se desarrolló la devoción al Santísimo Sacramento: a la

⁴⁶ Sesión XIII, capítulo III.

costumbre de las visitas privadas y los saludos litúrgicos se añadieron las cuarenta horas, las adoraciones perpetuas y las adoraciones nocturnas programadas por cofradías fundadas con este fin⁴⁷. Se fundaron o reformaron órdenes religiosas y congregaciones para la adoración del Santísimo Sacramento⁴⁸. El culto a la Eucaristía fuera de la misa floreció en la época clásica, en la que los saludos al Santísimo Sacramento se extendieron comúnmente más allá de las grandes fiestas y se reguló definitivamente en Francia en 1682, según lo previsto en el *Ceremonial Romano* de 1600⁴⁹. En 1644, todas las parroquias parisinas exponían el Santísimo Sacramento y ofrecían una salutación solemne el primer jueves de cada mes⁵⁰; M. Olier aumentó el número en la parroquia de Saint-Sulpice⁵¹. Es la época en la que el devoto mundano descrito por La Bruyère reserva su lugar para la salutación⁵². En la capilla del palacio de Versalles, según atestigua el ineludible duque de Saint-Simon, se podía ver «todas las tribunas repletas de damas en invierno para la salutación, los jueves y domingos, a la que el rey no faltaba casi nunca». ». Esta devoción continuó y se amplificó a lo largo del siglo^{XVIII} y, en muchos lugares, la adoración del Santísimo Sacramento se convirtió en algo cotidiano. Tras la Revolución Francesa, se reanudó con fuerza a principios del siglo^{XIX} hasta convertirse en algo generalizado, antes de ser rechazada a partir de los años sesenta, con el pretexto de proteger la misa. El Concilio Vaticano II se inscribe en esta tradición, aunque muchos, sin duda porque solo disponían de textos expurgados, se sirvieron de él como pretexto para abolir el culto al Santísimo Sacramento. *Presbyterorum ordinis* dice a los sacerdotes que «para poder cumplir fielmente su ministerio, deben tener a corazón conversar cada día con Cristo Señor en la visita y el culto personal de la Sagrada Eucaristía⁵³». Pablo VI pedía « que durante el día los fieles no descuiden visitar el Santísimo Sacramento, que debe conservarse en la iglesia en un lugar muy

⁴⁷ Por ejemplo, la cofradía de Langres desde 1547 o la famosa Compañía del Santísimo Sacramento fundada en 1630. La *Cofradía del Santísimo Sacramento* fue fundada en Roma por una bula de Pablo III (bula *Dominus noster Jesus Christus*, del 30 de noviembre de 1539) y confirmada por Pablo V (breve del 3 de noviembre de 1606): basta con que una cofradía sea erigida canónicamente para participar de todas las ventajas de la Archicofradía romana.

⁴⁸ Intento infructuoso del obispo Sebastián Zamet en Langres (1626), pero maravillosa realización de las Benedictinas del Santísimo Sacramento fundadas en París (1652) por Ana de Austria y la Madre Mechilde del Santísimo Sacramento. Muchos fundadores de esta época situaron la adoración del Santísimo Sacramento en primer lugar en la devoción, como los Terciarios Franciscanos de Picpus (París, 1594), los Misioneros del Clero (Aviñón, 1632), las Dominicas de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento (Lagnes, 1636), las Pobres Hijas del Santísimo Sacramento (Roma, 1650), las Religiosas del Corpus Domini (Macerata, 1683), la Congregación de las Hermanas del Santísimo Sacramento (Romans, 1715), las Religiosas de la Congregación del Santísimo Sacramento (Mâcon, 1733), la Congregación de las Hermanas del Santísimo Sacramento (Autun, 1748), la Orden de las Religiosas de San Norberto (Coira, 1767), los Sacerdotes del Santísimo Sacramento (Mileto, 1780).

⁴⁹ *Ceremonial Romano* de Clemente VIII: *De Adoratione augustissimi sacramenti*, Libro III, capítulo IV.

⁵⁰ *Advertencia a los señores de París sobre el culto al Santísimo Sacramento en las parroquias* (1644).

⁵¹ El abad E.-M. Faillon: *Vida de M. Olier*, París, 1873.

⁵² La Bruyère: *Los caracteres* (De la moda, n.º 21).

⁵³ *Presbyterorum ordinis* n.º 18.

digno, con el mayor honor posible, según las leyes litúrgicas. Porque la visita es, hacia Cristo nuestro Señor presente en ese lugar, una muestra de gratitud, una prueba de amor y un homenaje de la adoración que se le debe.⁵⁴ Juan Pablo II enseña: «La Iglesia y el mundo tienen una gran necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento del amor. No rechacemos el tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en la contemplación llena de fe y abierta a reparar las faltas graves y los delitos del mundo. Que nuestra adoración nunca cese.⁵⁵»

En lo que respecta a nuestra época, cabe destacar con interés que la normativa relativa al culto eucarístico fuera de la misa se rige por *el Ordo de sacra communione et de cultu Eucharistici extra missam*, publicado en Roma el 21 de junio de 1973, aprobado y confirmado por los obispos de lengua francesa el 5 de enero de 1978 y finalmente editado en francés el 2 de febrero de 1983. Aunque no se observe universalmente, conviene recordar que el canon 942 del nuevo derecho canónico (aplicable desde noviembre de 1983) recomienda «que cada año haya una exposición solemne del Santísimo Sacramento⁵⁶, durante un tiempo adecuado, aunque no sea de forma continua, para que la comunidad local medite más profundamente sobre el misterio eucarístico y lo adore». A este respecto, cabe señalar que este nuevo código de derecho canónico exige que una «lámpara especial» brille constantemente ante el sagrario de la reserva sagrada «para indicar y honrar la presencia de Cristo» (canon 940). Por último, siempre que sea posible, el canon 944 desea que se organice, a juicio del obispo diocesano, una procesión del Santísimo Sacramento por las calles de la localidad, como «testimonio público de veneración de la Sagrada Eucaristía», especialmente el día de la Fiesta de Dios.

⁵⁴ Pablo VI, encíclica *Mysterium fidei*, 3 de septiembre de 1965.

⁵⁵ Pablo VI, encíclica *Mysterium fidei*, 3 de septiembre de 1965.

⁵⁶ N.º 86 del decreto de la Sagrada Congregación para los Sacramentos y el Culto Divino, 12 de septiembre de 1983.